

UNIVERSIDAD NACIONAL
DEL LITORAL

UNIVERSIDAD NACIONAL
DE ENTRE RÍOS



A á

AMARO VILLANUEVA



EL ARTE DE CEBAR
EL LENGUAJE DEL MATE

COLECCIÓN



~ EL PAÍS ~
DEL SAUCE

UNIVERSIDAD NACIONAL
DEL LITORAL

UNIVERSIDAD NACIONAL
DE ENTRE RÍOS

EL ARTE DE CEBAR EL LENGUAJE DEL MATE

AMARO VILLANUEVA



Introducción y notas

SERGIO DELGADO

Cronología y anexos

GUILLERMO MONDEJAR

COLECCIÓN



~ EL PAÍS ~
DEL SAUCE

VILLANUEVA, AMARO (1900-1969)

El arte de cebar / El lenguaje del mate ; Amaro Villanueva
edición, prólogo y notas de Sergio Delgado ; coordinación de Guillermo Mondejar
1.^a ed. :
Paraná : Universidad Nacional de Entre Ríos, UNER, 2018 ;
Santa Fe : Universidad Nacional del Litoral, UNL, 2018 ;
544 pp. ; 23 x 16 cm
(El país del sauce / Sergio Delgado; 12)

ISBN: 978-950-698-412-0

A860 1. Literatura Argentina. 2. Ensayos. I. Delgado, Sergio, ed., pról. y dir. col.,
CDD II. Guillermo Mondejar, coord.

Edición, introducción y notas
SERGIO DELGADO

Coordinación editorial, cronología y anexos
GUILLERMO MONDEJAR

Diseño
MANUEL SIRI

Corrección
PAOLA CALABRETTA

© EDUNER, 2018

© EDICIONES UNL, 2018

© Manuel Siri, ilustración de cubierta: *Mate y lenguaje*, 2018 (sobre idea de Guillermo Mondejar).

EDUNER, Editorial de la Universidad Nacional de Entre Ríos
Andrés Pazos 406 – E3100FHJ – Paraná, Entre Ríos, Argentina
eduner@uner.edu.ar – www.eduner.uner.edu.ar

EDICIONES UNL, Universidad Nacional del Litoral
9 de Julio 3563 – S3002EXA – Santa Fe, Argentina
editorial@unl.edu.ar – www.unl.edu.ar/editorial

Queda hecho el depósito que marca la ley 11 723.

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11 723 y 25 446.

Editado e impreso en Argentina.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN. *Sergio Delgado* XV

NOTAS SOBRE ESTA EDICIÓN XLI

EL ARTE DE CEBAR

Unas palabras 5

Exposición del arte de cebar 17

I. *Los mates* 25

1. Lo primero 27

2. Antecedentes de la voz 27

3. Planta que da botellas 31

4. Planta que da vajilla 32

5. Nuestro mate 36

6. Producción y comercio 37

7. Sirvo si me abren la boca 40

8. La boca del mate 41

9. Tipos de poro 43

10. El pico-porongo 47

11. Mate de camionero 48

12. Tipos de galleta 50

13. Duración de los mates 54

14. Mates retobados 55

15. El plateresco 56

16. Soportes 58

17. El mate cosido 59

18. La «yel» o vesícula biliar 61

19. Mates moldeados 62

20. Sustitutos del mate natural 64

21. El mate de plata 66

22. El mate de loza	67
23. Mate de asta	69
24. Mate higiénico	70
25. Mates de madera	72
26. Mates curables e incurables	73
27. Curar el mate	75
<i>II. La bombilla</i>	81
1. Andar de bombilla	83
2. La primera bombilla	84
3. Tacuapí	86
4. Inventores	87
5. Conjeturas	89
6. Testimonio convincente	91
7. El Padre Cardiel	93
8. Aguirre	95
9. La detractada bombilla	97
10. La cañita	99
11. El coco	100
12. La bombilla metálica	102
13. El pico o boquilla	104
14. El cuello	108
15. Cuello curvo	110
16. Tipos de filtro	111
17. Enterizas y desarmables	116
18. Higiene de la bombilla	117
19. Algo sobre metales	119
20. Bombilla de pobre	120
21. Bombilla higiénica	121
22. Bombilla colectiva	123
<i>III. La caldera</i>	127
1. De la caldera a la pava	129
2. Itacugúa	130
3. Metal y anarquía	132
4. Diccionarios	135

5. ¿Existió la caldera?	138
6. Basilio Hall	140
7. Conozcamos la caldera	142
8. Rugendas	143
9. Schmidtmeier	144
10. Kratzenstein	145
11. Morel	147
12. Hernández	148
13. Los Robertson	150
14. Tres calderas	152
15. El asa	153
16. Blanes	155
17. Viejo Oriental	156
18. Monumento a los Charrúas	157
19. La guampa	159
20. La caldera de tropero	160
21. La pava	162
22. Una voz pampa	165
23. Cabuleo	168
24. El pico de la pava	171
25. Tipos de pava	172
26. La tapa	173
27. Un detalle de la tapa	174
28. El estilo de asir	176
29. Sarro	177
30. El termo	178
31. Iniciativa uruguaya	180
32. Guerra al termo	180
33. Costumbre y progreso	182
IV. <i>El agua</i>	185
1. Calentar el agua	187
2. Estilos	188
3. Expresiones sugeridas por el agua	191
4. Prioridad de un estilo	193
5. ¿Qué es el mate?	194

6. Tipo de infusión	196
7. Reacciones de la yerba	198
8. Quemar la yerba	202
9. Cebiar con agua quemada	203
10. Aparece el aire	206
11. Empirismo	207
12. Desaparece el aire	208
13. Agua de lluvia	209
14. La marina confirma	210
15. Temperatura constante	212
16. Mate «largo» y «corto»	212
V. <i>Aprontar el mate</i>	215
1. Aprontar el mate	217
2. Echar la cebadura	219
3. El azúcar	221
4. Quemar el azúcar	222
5. Poner la bombilla	223
6. Manejo de la bombilla	229
7. Ajuste de la cebadura	230
8. El copete	231
9. Dar vuelta la yerba	233
10. Dos pencas	233
11. El mate dulce	234
12. Procusky	235
13. Cuidar el mate	237
14. El mate no se cambia de mano	239
15. El estilo resero	240
16. Mate estrella	242
17. Colgar el mate	243
18. El secreto del mate	245
19. La rueda del fogón	246
VI. <i>Palabras al cebador</i>	251
1. Ser social	253
2. Encimar el mate	253

3. Cebiar pelando	254
4. Tatusear el mate	255
5. Hacerlo bostear	256
6. Mate de hospital	256
7. Cebiar guarapos	257
8. Arreglarle la cara	258
9. Endulzar el agua	259
10. Mate misqui	259
11. Mate chuya	260
12. Mate trancado	261
13. Mate de velorio	261
14. Hacer mate	261
15. Finalmente	262
<i>Bibliografía</i>	263
<i>Láminas de la edición original</i>	267
<i>Complemento ilustrativo</i>	293

EL LENGUAJE DEL MATE

<i>Introducción</i>	303
<i>I. El lenguaje de Mantegazza</i>	307
La traducción de Heller	310
Melisa y toronjil	311
Limoncina, disgusto... ..	313
Mate con limón	314
Segunda rectificación	315
Variante oportunista	316
Primera estimación	317
Estimación crítica del testimonio	318
Homenaje	321

<i>II. El lenguaje de «El fogonazo»</i>	323
Otro lenguaje del mate	325
Influjo de la literatura farmacéutica	326
Variaciones literarias	327
Ascenso a la literatura folklórica	329
Allende el mar dulce	330
Valor ecuménico	332
Melifluo dilema	333
Crítica del trabajo folklórico	335
<i>III. El lenguaje popular</i>	339
Características generales	341
Su vigencia	343
Ámbito folklórico	344
Su registro	345
Antecedentes entrerrianos	346
Antecedentes correntinos	347
En Mendoza	349
Aportes a la interpretación	349
Mate recién aprontado	350
Mate lavado	352
Mate ensillado	355
Mate tapado	361
Mate muy caliente	364
Mate frío	366
Mate largo	368
Mate corto	369
Mate chorreado	371
Mate del estribo	375
Mate con mango	378
Mate encimado	380
La bombilla hacia atrás	381
Finalmente	383
Gracias	385

<i>Bibliografía</i>	387
<i>Láminas de la edición original</i>	391

ANEXO

<i>Imágenes de ediciones originales</i>	405
<i>Apuntes para un prólogo del Vocabulario</i>	412
<i>Vocabulario. Selección de voces</i>	415

CRONOLOGÍA	443
-------------------------	-----

BIBLIOGRAFÍA	465
---------------------------	-----

Obras del autor

Libros [465] ~ Prólogos [467] ~ Traducciones [468] ~ Participación en antologías [468] ~ Otras publicaciones en libro [470]

Sobre Villanueva

Artículos en libros [471] ~ Artículos en publicaciones periódicas [473] ~ Artículos y otros textos sin publicar [476]

NOTAS

<i>El arte de cebar</i>	479
<i>El lenguaje del mate</i>	493

EL ARTE DE CEBAR



UNAS PALABRAS

*Cielito, cielo que sí:
guárdense su chocolate,
aquí somos puros indios
y sólo tomamos mate.*

BARTOLOMÉ HIDALGO

Desde hace muchos años —más de treinta— vengo recogiendo testimonios y antecedentes relativos a la costumbre nacional del mate. Inicialmente me guió el propósito de comprobar, en tan vasto territorio folklórico, la amplitud del aporte popular a la particularización de nuestro lenguaje y al enriquecimiento de nuestra expresión literaria. Pero, con el andar del tiempo, la sencilla cadena de voces, locuciones, frases y refranes eslabonados a través de tan paciente registro me permitió observar cómo se iba articulando en ella, lentamente, la suma de pormenores propios de la técnica o arte de cebar, junto con otros sigilosos temas trascendentales, descubiertos a través del detenido examen de las fuentes escritas. Porque los abundantes materiales reunidos me revelaron también la magnitud de la empresa en que me había iniciado, para decir en verdad, un tanto desaprensivamente: la restauración de un verdadero monumento de la cultura americana, de indiscutible origen indígena y de indeclinable tradición popular. Todo esto sea dicho como medio directo de confesar que ni el apresuramiento ni la oportunidad son abogados del presente volumen.

Yerbeador al fin, vine a dar en el intento de que informa este libro, que procura sistematizar, del modo más completo posible, la

técnica de cebar mate, por estimar que la exposición ordenada y razonada de este arte constituye el primer paso lógico hacia el verdadero conocimiento de tan original, pacífica y acogedora costumbre, muchos de cuyos pormenores resultan hoy día, sin embargo, secretos impenetrables hasta para quienes la practican con afición entre nosotros. Con mayor razón, una información sistematizada resulta necesaria para que este signo tan típico y entrañable de nuestras costumbres, es decir, de nuestra cultura, pueda ser apreciado, interpretado y valorado en el extranjero, donde el mate constituye una referencia secular y clásica, pero oscura, con respecto a nuestra vida cotidiana.

A propósito: en 1938, algunos meses antes de aparecer la primera edición de este libro,¹ se publicó en Francia, bajo el título *El conde de Buenos Aires*, una vida novelada de don Santiago de Liniers, escrita por Max Dorian y F. de Vaux de Foletier, en la que se procuraba sugerir el ambiente porteño de la época mediante algunas notas de color local, entre las que no podía faltar, naturalmente, el mate, la peculiar bebida rioplatense. La descripción de la manera de cebarlo resultaba tan extraña^a que provocó, entre nosotros, más de una crítica risueña, que concluía remitiendo a los citados autores al domicilio de cualquier argentino residente en París, donde podrían haberse documentado prácticamente acerca de los secretos de una buena cebadura. Pero lo que no decían esas críticas es que —ante un gesto realmente simpático como el de dichos escritores intentando reconstruir un ambiente de época de la vida argentina— lo que

a. En versión a nuestra lengua, véase lo que se dice del mate en el texto francés de *El conde de Buenos Aires*: «El mate es una hierba seca, de gusto bastante amargo, de la que los criollos son siempre golosos. Sobre un fuego bien encendido, la niña de la casa coloca la pava de plata. Cuando el agua hierve, pone con gracia un vaso con asa sobre un trípode, echa en él un poquito de mate y vierte encima el agua hirviente. Añade un trozo de azúcar (si es verdaderamente artista, tiene el cuidado de quemarlo ligeramente) y después le agrega corteza de limón verde. Hecho esto, adapta al vaso un tubo o bombilla que termina en una esfera perforada. Sorbe un trago, lentamente, lo bastante para no quemarse, y pasa el artefacto a su vecino. Este lo cede a su vez a otro vecino, y, así, sucesivamente».

resultaba más notorio, en el caso, era nuestra falta de una disciplina cultural que, ejercitándose en el dominio de lo que nos es propio, pudiera brindar su conocimiento fácil y exacto al interés de los demás, en modesto pero útil aporte a la cultura universal. Por lo demás, el caso nos da un ejemplo de lo que puede significar, en todos los órdenes de nuestra vida de relación como pueblo, la contracción con que trabajemos en el esclarecimiento, para todo el mundo, de lo que nos es característico.

Esas aspiraciones de rescatar, fijar y transmitir —con beneficio general— el conjunto de elementos objetivos y subjetivos que concurren en nuestra secular costumbre de tomar mate, informan la razón de ser de este libro.

* * *

Además, el hecho de tratarse de una costumbre recibida de los aborígenes constituye el mejor aliciente de la imaginación para especular sobre las numerosas contribuciones de ingenio que el primitivo habitante de la región de la yerba ha debido imponerse hasta obtener el beneficio de este vegetal y crear los utensilios con que su industria dio respuesta a las dificultades que el sentido común reconoce como naturales y previas para llegar a satisfacer una necesidad de su economía fisiológica, darle estilo y hacerla costumbre.

Si bien la calabaza, de que hizo vaso y vasija, le fue brindada por la naturaleza, lo mismo que el vegetal con cuyas hojas daría sustancia a la cordial infusión, es indudable que el tratamiento y la administración de esta yerba desprenden un testimonio elocuente sobre el grado de cultura alcanzado por el indígena guaraní. Con todo, nuestra imaginación es recelosa de las especulaciones retrospectivas, cuando se trata de algunos de los problemas más simples que aquella técnica supone: la invención de la bombilla o el uso de la caldera, por ejemplo. Dicho de otro modo: dudamos si el indígena pudo idear el original filtro tubular con que sorbía la infusión y el recipiente adecuado para calentar el agua y verterla en pequeñas

porciones dentro de la calabaza. Tal recelo es explicable por las lagunas arqueológicas y los prejuicios heredados que todavía cierran el camino a la reconstrucción completa del grado de civilización alcanzado por las naciones de raza guaraní, a la época de la conquista.

Conspira igualmente contra la reivindicación de derechos del aborigen como creador de la costumbre y de los medios de practicarla, la facilidad con que se siguen desfigurando los hechos a expensas del salvaje, en un despojo multiseccular que no se ha satisfecho con la total enajenación de sus bienes materiales. Aún hoy, su natural aptitud humana de observación, de juicio y de inventiva, le es negada retrospectivamente en favor de concepciones tan atrasadas, al presente, como pudieron serlo las de las sociedades americanas con respecto a las europeas, en la época del descubrimiento y la conquista del Nuevo Mundo. Parecería que, aun en el plano de la investigación histórica y de otras disciplinas científicas, no lograríamos emanciparnos todavía del prejuicio y la superstición, cuando se trata de indagar racionalmente el camino de la verdad.

Y no hablemos de los frecuentes trabajos de presunta divulgación folklórica —«colaboraciones» destinadas a diarios y revistas— en los que es común librarse a fáciles generalizaciones, con las que no sólo se sorprende la buena fe del lector desprevenido, sino que se hace befa de disciplinas cuyo progreso importa a nuestra verdadera cultura y está reclamando tan profunda información como severo análisis de las fuentes. Sin embargo, esas disciplinas se siguen resintiendo de una habitual tendencia a la improvisación y la superficialidad. Si a tales folkloristas se les hubiera de dar crédito, ni la yerba, ni el mate, ni los bártulos de cebar tendrían nada que ver con nuestros aborígenes, que todo lo habrían aprendido del conquistador o el catequista.

No ha faltado quien pusiera en letra impresa, por ejemplo, que la pava no se usaba en el Perú hasta comienzos del siglo XIX. Esta afirmación, precipitada e inconcebible, era deducida de una referencia errónea del capitán Basilio Hall, viajero inglés que, por otra parte, en realidad ubica el dato en Chile. Este error está debidamente aclarado en el capítulo relativo a «La caldera».

En *Una excursión a los indios ranqueles*, durante el famoso parlamento presidido por el cacique Mariano Rosas, para discutir el tratado de paz, el general Lucio V. Mansilla cuenta que rebatió a los indios pampas su pretendido derecho a la propiedad de los ganados, esgrimiendo un concluyente argumento lingüístico, pues les dijo: «los *gringos*, que eran los españoles, trajeron todas esas cosas. Voy a probárselos: ustedes lo llaman al caballo *cauallo*, a la vaca *uaca* [...], a la yerba *yerba*, y a una porción de cosas lo mismo que los cristianos. ¿Y por qué no las llaman de otro modo a esas cosas? Porque ustedes no las conocían hasta que las trajeron los *gringos*». Y, más adelante, en una conversación con Mansilla, el propio Mariano Rosas reconoce que los cristianos les enseñaron a los indios a tomar mate.

Sería una torpeza, como la del aludido lector de Hall, deducir de esto, por generalización, que los españoles enseñaron a los indígenas rioplatenses el uso de la yerba y la costumbre del mate. Porque una cosa son los indios pampas y otra, en cambio, los guaraníes, en cuya lengua, como se verá luego, se conservan los testimonios inequívocos de que fueron los descubridores del legendario vegetal y los creadores de la costumbre y el estilo de yerbear.²

Sin embargo, el descubrimiento de la yerba y del tratamiento adecuado para convertirla en alimento útil al organismo humano siguen siendo atribuidos comúnmente a Santo Tomé o Tomás,³ discípulo de Cristo en el que vino a corporizarse la leyenda del *Hombre blanco* en América, a raíz de haber descubierto el Padre Nicolás de Nóbrega, jesuita portugués, en la segunda mitad del siglo xvi (1552), que en el Brasil, es decir, en la región de la yerba, los indígenas hablaban de un *Pay Zumé* o *Tumé*, que les habría enseñado el secreto de ese vegetal y la utilidad de la infusión de sus hojas. Pero ya no es posible seguir ignorando que la invención de la leyenda del *Hombre blanco* respondía a una exigencia de la concepción religiosa del origen del universo y a una necesidad política de la Iglesia dentro de la sociedad de la época, organizada sobre el principio del origen divino del poder. En consecuencia, lo que corresponde es analizar esa leyenda para descubrir los hechos reales que se le hayan

transferido y que aún puedan mantener validez testimonial respecto al origen de la costumbre de tomar mate.

De igual modo, esta costumbre, la de beber la infusión de yerba con empleo de mate y bombilla, indudablemente transmitida por el pueblo guaraní a sus conquistadores, viene siendo atribuida regularmente a los jesuitas, cuando lo que estos difundieron, en realidad, fue el uso de la infusión teiforme, es decir, preparada a la manera del té, que hoy llamamos *mate cocido* o *yerbeao*. Por lo cual el mate, entre otras sinonimias, tomó la de «té de los jesuitas». Así como se debe reconocer a los jesuitas la iniciativa en la formación de los primeros yerbales por cultivo, no es posible acreditarla en cuanto al estilo tradicional de tomar mate. No es posible ignorar, en efecto, que la Iglesia, por intermedio de los mismos jesuitas, llevó una guerra abierta a esta costumbre indígena, atribuyéndole origen demoníaco (para luego contradecirse notoriamente, creando la leyenda de Santo Tomé), hasta que el beneficio y comercio de la yerba pasó, en gran parte, a manos de la Compañía de Jesús. El establecimiento de esta en el Paraguay data de 1610, en tanto que el permiso para comerciar en yerba se le concedió recién en 1645, no obstante lo cual algunos autores atribuyen a los jesuitas hasta el procedimiento de torrefacción o tostado de la yerba, lo que tendría que haber ocurrido por inspiración de Santo Tomé, que vivió en el siglo I de la era cristiana, para que la leyenda tuviera sentido... La verdad es que, como ya dijimos, los jesuitas combatieron inicialmente la costumbre del mate, vicio que el Padre Diego de Torres denunció en 1610 —el mismo año del establecimiento de la Compañía en el Paraguay— ante el Tribunal de la Inquisición, de Lima, como «superstición diabólica», expresando, entre otras cosas, «que los que al principio lo usaron, que fueron los indios, fue por pacto y sugestión clara del demonio». Los dos ejemplos enunciados bastan para poner en evidencia que, de no someter a una indispensable contrastación y crítica las distintas fuentes de información, recibidas del conquistador y el catequista, la verdad seguirá subordinada al interés de la parcialidad y, en consecuencia, desfigurada e irreconocible. Dicho de otro modo, se seguiría

sancionando una injusticia que no sólo afecta al primitivo hombre americano sino también a las fuentes auténticas de nuestra cultura.

Ya señaló tan grave circunstancia, con perspectiva más general, el eminente Juan María Gutiérrez, en su sagaz ensayo sobre la «Mitología de las naciones de raza guaraní», expresando que la historia de estos pueblos «es la del huérfano desvalido a quien la avaricia arrebató su patrimonio y le apaga el hogar».

Esta injusticia —afirmaba Gutiérrez— cometida en nombre de una civilización orgullosa de su poder es tanto menos justificable cuanto que no ha querido tomarse en cuenta lo mucho que se debe al hombre americano en el ensanche de la esfera de los recursos con que esa civilización invade, irresistible, todos los ángulos de la tierra. Porque si es verdad que el hallazgo del continente americano, duplicando la superficie del globo, multiplicó las transacciones, aumentó la masa de los metales preciosos, perfeccionó la navegación, estimuló las ciencias que con ella se ligan, e imprimió a la actividad humana un impulso que la historia reconoce como uno de los más fecundos hechos de la edad moderna, no es menos cierto que la labor intelectual y manual de los indígenas contribuyó, a la par de la del europeo, a la realización de esas gloriosas adquisiciones de que con razón se engríen los pueblos civilizados. Basta echar una mirada sobre el diccionario de la lengua castellana para advertir cuán copioso es el caudal de ideas, de usos y de objetos útiles al comercio y al bienestar del hombre, que debe nuestra antigua metrópoli al pobre indígena a quien exterminó el soldado y humilló el catequista durante esa matanza que se llama *Conquista de América*.^a

Casi resulta ocioso decir que al presente trabajo sobre la costumbre de tomar mate lo inspira nuestra mejor tradición de cultura: el espíritu que trasciende toda la obra del eminente maestro citado y,

a. Juan María Gutiérrez, *Críticas y narraciones*, El Ateneo, Buenos Aires, 1928, pp. 83-84.

en consecuencia, el ánimo de reivindicar, en lo que corresponde, los antecedentes culturales del aborigen rioplatense, de que también es heredera la cultura argentina.

Acaso pueda parecer desmedido el propósito confesado, por tratarse de un asunto eminentemente folklórico y por hallarse un tanto resentido el conocimiento de nuestro folklore por la ya aludida tendencia a la improvisación y la superficialidad. El lector juzgará oportunamente si hemos logrado superar esa propensión baladí. Por nuestra parte, sólo corresponde anticipar, aquí, que el presente volumen es parte de un trabajo más vasto⁴ —que muy bien podría calificarse de monumental, si se atiende a la materia que lo informa, tan mezquina en la falsa apreciación corriente como generosa de hechos y sugerencias para quien sepa ahondarla en todas sus perspectivas culturales— como que comprende, además de esta exposición del *Arte de cebar*, el *Vocabulario*, el *Refranero*, las *Supersticiones y leyendas* y la *Iconografía del mate*, la *Historia de la yerba*, la *Psicología del matero* y las correspondientes series antológicas de las fuentes escritas, rigurosamente clasificadas y reunidas en otros tantos volúmenes consagrados a las crónicas, los ensayos, el cuento y la anécdota, los poemas y las coplas, precedidos del estudio especial pertinente.

El lector no está, pues, ante una improvisación más. Y un simple esbozo de referencias le dará la certeza, entretanto, con respecto a la exclusiva iniciativa indígena en la materialización completa de nuestra costumbre nacional de matear.

Empezando por la yerba...⁵ Recordemos el argumento lingüístico formulado a los indios pampas por el general Mansilla y resumámoslo en lo que aquí interesa: «Ustedes llaman a la yerba *yerba*, lo mismo que los cristianos. ¿Por qué no la llaman de otro modo? Porque ustedes no la conocían hasta que la trajeron los *gringos*». En cambio, los guaraníes, que la conocían mucho antes del arribo de los *gringos* al Río de la Plata, la llamaron *caá*, en su propia lengua. Así como llamaron *caballú* al caballo y *curuzú* a la cruz, adaptando las voces castellanas a su lengua, porque al caballo y a la cruz los conocieron tras el arribo del conquistador. Nosotros, en cambio, ¿por

qué le llamamos *yerba*, en castellano? *Yerba* es mera elipsis de *yerba* o *hierba del Paraguay*, como la llamaron primitivamente los españoles, que conocieron su uso antes de conocer el vegetal de que procedía. Y como los indígenas se la proporcionaban ya tostada y molida, los conquistadores no imaginaron, al comienzo, que provenía de un árbol. De ahí que la bautizaran en su lengua: *hierba del Paraguay*. Este hecho histórico lo registra el Padre Bernabé Cobo en su *Historia del Nuevo Mundo*: «Hállase este árbol», dice, «solamente en la tierra de los indios gentiles y de guerra, y ellos sacan a vender la hoja seca a los españoles, los cuales, como no han visto el árbol, sino la hoja, la llaman comúnmente *hierba del Paraguay*, siendo, como es, hoja de árbol». El testimonio del Padre Cobo no hace más que confirmar los pormenores o circunstancias históricas que el hecho lingüístico —en su síntesis— documenta en forma perdurable y fehaciente.

No obstante, en cuanto a los bártulos o utensilios que caracterizan el estilo tradicional de la costumbre de tomar mate, puede asaltarnos la duda de que hayan podido ser originariamente indígenas, sobre todo cuando sólo se los conoce en su evolucionada estructura moderna. Si no en lo que hace al mate, que es un fruto silvestre, del que se han servido todos los pueblos primitivos, aunque utilizando las variedades mayores de la calabacera, esa duda nos asalta, al menos, con respecto a la bombilla y la caldera o pava. Sobre el mate o calabacita hueca que sirve de recipiente para cebar la infusión, digamos que tiene un nombre bien explícito en guaraní: *caiguá*,⁶ palabra compuesta de las voces *caá* (yerba), *i* (agua) y *guá* (recipiente), de modo que lo designa con estricta determinación: «recipiente para el agua de la yerba». El español prefirió usar la voz *mate*, tomada de la lengua quechua, con que hasta hoy lo llamamos, por avenirse mejor este vocablo a la modalidad grave del idioma castellano. Y la palabra quechua (*mate*) sustituyó de tal modo a la explícita voz guaraní (*caiguá*), que no sólo la reemplazó en la denominación de la calabacita típica de yerbear, puesto que, al favor de la anarquía semántica introducida por el europeo, hasta llegó a designar erróneamente al árbol de la yerba (*caá*) y, en Europa, se llamó *mate* al *Ilex paraguariensis*...

Por lo cual pudo decir el lingüista Miguel de Toro, en su ensayo sobre «La estética de la lengua», aludiendo al hecho de que, hasta entre las voces de historia natural muchos nombres guaraníes resultan menos españoles de aspecto que sus sinónimos quechuas: «Aun el mismo *caá* se ha visto destronado por el quechua *mate*».

*Tacuapí*⁷ es el nombre guaraní con que se designó primitivamente a la bombilla, que era de caña, con un cesto tejido de fibras vegetales que servía de filtro. *Tacuapí* es voz compuesta de *tacúa* (caña hueca) y *apí* (lisa o alisada). En el mismo Paraguay, la antigua voz original va resultando ya anticuada para designar el utensilio, al que más corrientemente se llama *mombilla*, corruptela del sustantivo castellano. Sin embargo, la palabra guaraní perdura en el lenguaje corriente como denominación vulgar del vegetal (*Merostachis clausenii*, según Jover Peralta, y *Merostachys argyronema*, según Segovia) de que se extraía la cañita o junco con que se fabricaba originalmente la bombilla.

La pava o caldera también tiene su nombre propio en guaraní: *itacuguá*. Algunos dicen *itacuguara*. La primera forma de la voz, que es la clásica, es compuesta de *í* (agua), *tacú* (caliente) y *guá* (recipiente), es decir, «recipiente para el agua caliente». En la segunda forma, el sufijo *guara* equivale a la preposición castellana *para*, que indica destino, finalidad o uso, de modo que *itacuguara* significa «para el agua caliente». De más está decir que la primitiva pava o caldera del aborigen no era de metal sino un cacharro de alfarería.

Pero basta esta somera revista de testimonios lingüísticos para sentar el antecedente autóctono de cada uno de los elementos que se conjugan en el estilo tradicional de cebar y tomar mate, lo que acredita suficientemente el mérito total de su creación al aborigen guaraní, con el reconocimiento del desarrollo cultural que tales hechos revelan.

* * *

En su primera edición, este trabajo —que en 1938 fue distinguido por la Comisión Nacional de Cultura con un premio a la producción científica y literaria regional— iba precedido de un «Vocabulario» elemental,⁸ de unas treinta páginas, aproximadamente. La necesidad de incorporar a la exposición del *Arte de cebar* los numerosos materiales que la investigación y la experiencia me siguieron suministrando aconsejó suprimir dicho vocabulario, cuya extensión actual exige en verdad otro volumen, pues el acopio de voces supera largamente los dos mil artículos, aparte de que, particularizando la materia, es posible tratarlas en forma detenida, como contribución a los estudios lingüísticos americanos, muchas de cuyas actuales incógnitas pueden resultar despejadas por la concurrencia de testimonios acarreados con el mate.

De ese modo, en lo que respecta a la materia que le es propia, este volumen ha ganado en extensión, en profundidad y en detalle, tanto como en el inestimable valor documental de los testimonios fotográficos, que el grabado le incorpora y de que la edición inicial careció, lamentablemente.

Cada uno de los primitivos capítulos ha sido revisado y ampliado con nueva y abundante información, en buena parte procedente de documentos inéditos u obtenida por testimonio personal.

Totalmente nuevo es el extenso capítulo titulado «La caldera», que enriquece esta edición con materiales que, si dan fe de una larga investigación, tanto en el terreno folklórico e histórico como en el plano del arte y la literatura, contribuyen a ampliar la etnografía rioplatense con un tema que por primera vez se examina y profundiza.

Y si bien, en la vasta labor de recolección de antecedentes de nuestra costumbre nacional, no he descuidado las fuentes escritas, cuyo registro se remonta a los primeros días de la colonia, he dedicado especial interés a los testimonios vivos, de procedencia oral, por ser los que se hallan más expuestos a desaparecer o modificarse —volviéndose a veces irreconocibles— en la impetuosa corriente del habla familiar.

Por tratarse de un asunto de típica raíz folklórica, he conservado su llaneza a las expresiones de origen popular, en acto de fidelidad testimonial, habiendo procurado asimismo que la claridad fuera la única norma de la exposición. De aquí que, en algunas páginas, como las descriptivas de los tipos de mates naturales o calabacitas, no haya pensado en disimular la aridez del tema recurriendo a arbitrios del ingenio.

Este es un fruto maduro de labor, de paciencia y de reflexión, que ofrezco en tributo a la República, como contribución a nuestro propio conocimiento y a la estimación de la cultura americana, en ocasión del sesquicentenario de la Revolución de Mayo. Espero que sea reconocido como la obra consecuente del pueblo, que es el generoso en materiales y el verdadero mantenedor de la tradición espiritual del país. Si no alcanza a merecer tal reconocimiento, téngaseme por su autor.

A. V.
Buenos Aires, mayo de 1960

EL LENGUAJE DEL MATE



INTRODUCCIÓN

Este no es un *vocabulario* de nuestra costumbre de colar yerba por la bombilla. Es el *código* de sus preceptos sociales o, si se quiere, una *clave* de lo que el mate expresa tácitamente al ser brindado. La palabra *lenguaje* está empleada aquí en su sentido figurado, como «conjunto de señales que dan a entender una cosa», según la primaria definición académica. El conocimiento del *lenguaje del mate* permite, por lo tanto, «leer los sentimientos» de quien lo ofrece, para usar la expresión, ya secular, de Mantegazza.

Menos tedioso que un diccionario y muchísimo más breve, su conocimiento no es menos importante, pues, para quienes practiquen la tradicional costumbre criolla y para quienes deseen interpretarla en sus dimensiones culturales, de las que el *lenguaje* refleja sólo un aspecto. Pero un aspecto cuyo estudio resulta —por el cúmulo de experiencia popular que lo informa y los datos etnopsíquicos que suministra— una contribución apreciable a la investigación de uno de los temas de mayor amplitud dentro de la etnología y la cultura rioplatenses, como es el mate. Y lo es tanto por su secular y perdurable vitalidad como costumbre, como por la universalidad de su influjo en los diversos estratos humanos de este sector de nuestro hemisferio y en todos los grados de la órbita cultural de los países donde se la practica. Lo cual no obsta, por cierto, a la gracia y espiritualidad del asunto, que tampoco rehúye la vecindad del desenfado, tan propio del buen sentido popular.

Como *lenguaje*, clasificación en que se lo encuadró tradicionalmente, resulta indudable su parentesco con aquellos otros *del abanico, de las flores o del pañuelo*, de conocida procedencia europea, que ya son historia antigua para las generaciones de hoy, tanto argentinas como europeas. Con la modificación de las instituciones y las costumbres, desaparecieron las condiciones de un estilo de vida

que hacían socialmente útiles esos mudos sistemas de comunicación afectiva. Hasta han desaparecido del atuendo personal algunos de los complementos que se constituyeron en vehículos de tales mensajes.

Pero lo que llamamos *el lenguaje del mate* es, en realidad, la preceptiva social de una costumbre vigente entre nosotros o, como antes lo expresamos, un *código* de sus reglas específicas de urbanidad. Un código de auténtica formación popular que constituye, por eso mismo, un valor cultural propio, una creación netamente americana o, más estrictamente, rioplatense. Sin embargo, como lo anticipa su denominación y como se verá a través de estas páginas, su originalidad ha quedado ignorada —disimulada pero no perdida— bajo la flora adventicia nacida al favor del influente espíritu europeo, que tan extendida gravitación reconoce en todos los órdenes de la vida nacional. Interesa, por consiguiente, desbrozar de especies foráneas esta pequeña heredad cultural, no sólo para poder evaluar lo que haya de original o auténtico en ella, sino porque así descubriremos lo único que soportará las adversidades y el tránsito del tiempo, esto es, los valores permanentes de ese humilde brote espiritual de la añeja costumbre americana. De eso se trata aquí.

Pues conviene agregar que el *lenguaje del mate* —aunque ignorado, en general, por la población cosmopolita de la gran urbe— no representa un mero documento etnográfico referido al pasado nacional, como muchos podrían creerlo: es un valor social vigente, transmitido por tradición oral, en el interior del país y entre las masas populares de las naciones hermanas donde la yerba y el mate constituyen una industria, un comercio y una costumbre estables.

Casi nadie —para no decir nadie— lo conoce íntegramente, pues nunca fue objeto, hasta aquí, de registro sistemático. Pero todos conocen, al menos, algunos de sus preceptos más significativos, sin atribuirles otro valor que el de su sentido convencional, cuando no los confunden con supersticiones. Conviene conocerlo, por consiguiente, no sólo como hecho cultural: también como simple preceptiva, para no incurrir involuntariamente en actos que pueden

ser interpretados en su sentido convencional y resultar ofensivos o ingratos para los demás. Tal el caso, por ejemplo, de ofrecer el mate con la bombilla para atrás, cuyo tratamiento particular se hallará en el capítulo correspondiente al *lenguaje popular*. Este hecho se viene generalizando displicentemente en los medios populares metropolitanos, por indudable ignorancia de que el mate ofrecido de esa manera constituye una manifestación ostensible de desprecio. Si esta ignorancia —que ha trascendido ya al plano del arte— es lamentable individualmente, lo es mucho más al generalizarse y corromper la costumbre, si se considera que la verdadera cultura de un pueblo, en su estimación filosófica, es la que se refleja a través de sus costumbres.

En cuanto al tratamiento del tema folklórico, que se aligera con los aportes amenos de la creación popular, hemos procurado asimismo darle la mayor claridad y sencillez expositiva, como conviene a un trabajo de divulgación, lo que no obsta al rigor del método seguido en la investigación y la información, exigencia de toda disciplina científica, como es el folklore, al que estimamos hacer aquí una real contribución, también en sus aspectos ético y docente.

Este trabajo aparece al cumplirse el centenario del primer registro bibliográfico del *lenguaje del mate*, debido a la sensatez del ilustre sabio italiano doctor Pablo Mantegazza, y al año siguiente de la celebración del sesquicentenario de nuestra independencia; sirva, pues, de digno homenaje a la memoria del eminente científico europeo y, simultáneamente, como testimonio de nuestra emancipación en el plano espiritual de la cultura.